centinela pudiera dar la voz de alarma, y cuando Coderas y Soria rechazaban á Don Mateo en su primer empuje. Cogido de improviso, el centinela huyó hacia la plaza; y nosotros, sin calcular la imprudencia de nuestra impaciente acción, nos echamos sobre la puerta de la cárcel, y á pocos esfuerzos la hicimos saltar hecha pedazos.

XVIII

Ultima lucha.

EL Coronel Cabezudo no había echado en saco roto las noticias que el tío Lucas le llevara de parte de D. Abundio Cañas, y dejando á Pedro Martín encargado de las fuerzas que inútilmente atacaban la trinchera más fuerte, hizo un movimiento rápido para embestir por el lado de la cárcel. Mas no lo fué tanto que Coderas no tuviese tiempo de mandar á la defensa de aquel punto á Soria con buen número de soldados. De aquí que al romper nosotros la puerta de la cárcel, recibiéramos á la vez, aunque á distan-

cia, las descargas de la plaza y de los asaltantes, pues unos y otros nos tuvieron por enemigos.

Dos de mis hombres cayeron heridos, y el resto, asustados por la sorpresa, se entraron en la prisión, poniendo en el último punto del terror á los infelices presos, que se refugiaron en el patio y piezas interiores.

Entré yo el último y los animé con mis voces obligándoles á salir para auxiliar la entrada de D. Mateo; pero apenas asomados á la puerta, recibimos otra descarga y retrocedimos.

Los asaltantes llegaron hasta el corral, de suerte que cuando el estruendo de los fusiles lo permitía, oía yo las voces de D. Mateo. Soria, detenido por el fuego enemigo, quedó á pié firme junto á la Jefatura, sin avanzar ni retroceder. Ambos temían al enemigo que suponían dentro de la cárcel. Al fin avanzaron unos y otros, y en medio del humo de la pólvora y del polvo del suelo que formaban como oscura niebla, tuvieron un encuentro rudo junto á la cárcel, cuerpo á cuerpo. Después de algunos minutos, Soria retrocedió algunos pasos hasta estre-

charse á la pared de la la prisión; su gente parecía hallarse en el supremo instante de vacilación que precede á la derrota, y comprendiéndolo D. Mateo, animó á su fuerza, la empujó y oí que dió esta orden:

—¡Entra á la cárcel, Perfecto, y acaba con ellos!

¡Y sí acabaría, en la ceguedad del combate, sin reconocer á sus amigos!

—¡No! ¡No entrará mientras yo viva! ¡Echémonos fuera!

Y de un salto me puse en el lugar de la lucha, seguido de mis compañeros.

Treinta hombres más, poseidos de desesperación, eran un fuerte auxilio para la defensa, y á nuestro primer empuje, Perfecto retrocedió sorprendido, á pesar de la superioridad de sus fuerzas.

—¡El Jefe está herido! oí decir á mi lado.

—¡Sosténganse! grité al tío Lucas, que atacaba sin conciencia á su compadre. Y busqué al jefe herido que podia significar la derrota y la invasión ciega de la cárcel.

Soria, en efecto, bañado en sangre, se apoyaba en la pared, próximo á caer.

¡Quién me inspiró tal acción! Tomé del

suelo la espada de aquella fiera, y esgrimiéndola de plano con brazo rápido y fuerte sobre los soldados de Coderas, les grité:

—¡Yo soy el Jefe! ¡Adelante! ¡Al que retroceda le mato!

Y en este segundo encuentro, más duro y sangriento que el anterior, el Coronel y su tropa retrocedieron hasta el corral, á pesar de los ternos, blasfemias y cintarazos del terrible y colérico cabecilla.

En vano traté allí de hacerme oir de D. Mateo ó de alguno de sus hombres; en vano agité un pañuelo blanco que sabía yo que suele significar la suspensión momentánea de la lucha: ni era yo visto ni oido. Y como mi fuerza, no hostigada por golpes ni voces en aquel instante, detuvo su avance, supúsola el Coronel debilitada é hizo un último empuje.

—¡No hay remedio! pensé.

Y dando las voces necesarias, y animando con el ejemplo de mi arrojo, me eché sobre la mal parada gente de D. Mateo.

Toda la dificultad consistió en hacerlos llegar al descenso de la barranca, en donde la gravedad, que en nada como en los combates demuestra mejor su imperio, obró el efecto de arrastrar á los asaltantes en revuelto remolino y desorden, hasta lo más hondo del terreno y lo más completo de la derrota.

Ordené violentamente al tío Lucas que se colocara solo en la puerta de la cárcel, calculando que al volver D. Mateo, (como volvería,) sobre aquel punto, viéndole abandonado le observaría con tranquilidad y reconocería al viejo, que por precaución quedaba también provisto de un pañuelo blanco atado á una asta. Y tomada esta medida, me dirigí á la plaza á paso de carga, poniendo á la vanguardia á mis primeros acompañantes, armados ya de fusiles recogidos en el campo.

Los soldados de Coderas, con que acababa de rechazar á D. Mateo, me servían ahora para atacar á su jefe. Para ellos daba lo mismo, si mi espada les sacudía las espaldas y mi voz, la voz del vencedor, los alentaba en la pelea. Ni comprendían ni trataban quizá de comprender tal embolismo.

La fuerza de la trinchera principal, mandada en persona por Coderas, se vió, pues, atacada por la espalda, y después de una corta resistencia abandonó su puesto, replegán-

dose sobre la Iglesia. Pedro Martín, que por su arrojo y su torpeza había perdido mucha gente, entró en seguida á la plaza; y cuando atacada por su fuerza y la mía, la de Coderas se dispersaba, corriendo en todas direcciones, D. Mateo, jadeante y agitado, llegaba por el lado de la cárcel y la Jefatura, para tomar parte en la victoria, ya que tan principal la había alcanzado en la derrota.

Lo que pudiera seguir á este triunfo me importaba á mí poco ó nada. ¡Había yo salvado á mi madre y logrado impedir el rapto de Remedios! Ellas eran mi único galardón; mi único laurel, las bendiciones de la una y de la otra y una mirada agradecida.

Dejé á D. Mateo y á Pedro Martín la triste tarea de perseguir á Coderas y afligir á los míseros vencidos, y corrí á la cárcel en busca de mi pobre madre.

El tío Lucas permanecía á la puerta y entró conmigo en el patio y piezas interiores de la prisión.

—¡Ya están libres! gritó el viejo á los acobardados presos del patio. ¡Hemos ganao!

Todos prorrumpieron en exclamaciones de gozo.

Yo, no encontrando allí á mi madre, entré en un cuarto cuya puerta estaba entornada; y apenas dí un paso en la estrecha estancia, sin distinguir por la escasez de luz los objetos, oí una voz que con supremo gozo exclamó;

—¡Mi hijo!

Corrí á la cama en que mi madre se hallaba, y anudada la garganta, y ahogada la respiración, me puse de rodillas, junté mi frente á la de la noble mujer, y mis lágrimas se confundieron con las suyas y se confundió el calor de nuestros sollozos.

¡Bendito sea Dios! dijo al fin. ¡Cuánto he sufrido por tí!

Cuando levanté la cabeza, ví que mi madre no estaba sola; una mujer del pueblo la acompañaba.

—¡La pobre Remedios, es un ángel! añadió mi madre. Sin sus cuidados me habría muerto aquí. Ella me ha enviado no sé cómo, estos muebles y esta fiel compañera para asistirme en mi enfermedad.

¡Bendita niña! ¡Cuán poco era lo que yo había hecho por corazón tan noble y generoso! ¡A haberla tenido allí cerca la habría ahogado entre mis brazos!

Aquella misma tarde, cuando las campanas eran echadas á vuelo por los vencedores, trasladé á mi madre á la casa del señor Cura, porque la mía estaba convertida en hospital de sangre. Pero al mirarla á la luz más clara, quedé helado de espanto: estaba flaca, envejecida y de un color amarillo terroso que daba miedo.

XIX

El vencedor.

PARA mi alma dolorida y azotada por la inflexible conciencia que me culpaba de la enfermedad de mi madre, no hubo halagos de triunfo ni vanidad de victoria. A pesar del cansancio que me agobiaba y del sueño que hinchaba mis párpados, no podía ni quería dormir aquella noche. Felicia me instaba, aun frunciendo el terso ceño, no hecho á gestos de enojo, y me amenazaba con no mandar recados á Remedios, si no la obedecía.

—¡Tonto! exclamaba la dulce niña, mirán-